

¿De qué hablamos cuando hablamos de Geografía Cultural? Un balance historiográfico

Fabián Claudio Flores

Becario de Investigación (Categoría Formación Superior –UNLu-)
Maestrando y Doctorando en Ciencias Sociales de la
Universidad Nacional de Luján.

Resumen:

El artículo se propone hacer una revisión del origen y desarrollo de la Geografía Cultural como campo de investigación específico que ha caracterizado a los estudios territoriales. Vinculando la geografía en particular, con el resto de las Ciencias Sociales en general, y teniendo en cuenta la influencia del resto de las disciplinas de las cuales se han nutrido los estudios espaciales (como los estudios culturales), el artículo recorre la trayectoria seguida en las mutaciones de este campo de investigación para desembocar en una propuesta teórico-metodológica que propone rescatar la postura crítica desarrollada sobre el espacio y sus connotaciones culturales.

Palabras claves: geografía cultural-giro cultural-espacio-cultura

Los orígenes de la Geografía Cultural

Paul Claval en un artículo publicado en una Revista de Geografía¹ menciona que: "La geografía cultural es tan antigua como la geografía humana. Ambas se formaron ahora hace más de cien años, en el último decenio del siglo XIX [...] y se centraba básicamente en la diversidad de las técnicas" (Claval, 1999: 26). Fue el geógrafo Federico Ratzel el primero en introducir este término hacia 1880 cuando diagrama su obra *Anthropogeographie*². En la medida en que la

¹ Claval, P., "Los Fundamentos Actuales de la Geografía Cultural", *Doc. Annales de Geographie*, N°34, París, 1999. pp 25-40.

² Ratzel, F., *Anthropogeographie, oder Grundzuge der Anwendung der Erdkunde auf die Geschichte*, Stuttgart, Engleborn, 2 vol. 1881-1891.

geografía humana se constituye sobre una base de los problemas planteados por Ratzel, la cultura es una de las variables fundamentales a considerar. Sin embargo, por el modo con que encara su análisis, es evidente que limita sus alcances al proceso de selección de los seres vivos por el ambiente, que postulaban Darwin o Malthus, a lo que Ratzel sustituye por una selección natural de sociedades por el espacio. Es decir que lo político avanza sobre lo cultural.

De todas maneras, Ratzel representa para muchos un hito clave, en la medida que, con algunos de sus discípulos (Schluter, Meitzen, Hahn, Passarge) se sientan las bases de lo que podríamos llamar una primera geografía cultural alemana. Sus puntos de partida son el pueblo y el paisaje, poniendo el acento en las herramientas y las técnicas utilizadas por los grupos sociales para dominar el entorno. Por lo que, las décadas que van desde 1920 hasta 1960 serán testigo de la emergencia en Alemania de una línea de interpretación que va a estar dominada por el estudio del *Landschaft*, que otorga un lugar importante a los hechos culturales, pero desde la estrecha óptica que enunciarnos y que guarda correlación también con la perspectiva genética vigente en los estudios históricos reinantes por ese entonces, centrados en el concepto de Estado-nación.

Otro geógrafo que va a ser una referencia mayor en el desarrollo de la geografía cultural así entendida, fue Carl Sauer, fundador de la Escuela norteamericana de Berkeley³ quien define a su campo disciplinar como el del “..contacto del hombre con su domicilio cambiante, tal cual se expresa por medio del paisaje cultural, que es nuestro campo de estudio [...]. En resumen, nos dedicamos a las interrelaciones del grupo, o de las culturas, con el sitio, tal cual se expresan a través de los diversos paisajes de la Tierra” (Sauer, 1974). En este sentido, las preocupaciones de los investigadores californianos los muestran interesados por el estudio del territorio indio y por las formas geográficas tradicionales de los países latinoamericanos. De todas maneras, de modo similar a las propuestas formuladas por los investigadores alemanes, las orientaciones confluyen a una geografía que estudia los paisajes y describe los lazos mantenidos por el hombre y su entorno. No sería raro decir entonces que, pese a que la Escuela de Berkeley reconoce influencias alemanas respecto de la imposibilidad de realizar una descripción neutra del entorno, puesto que los hechos sociales no pueden ser analizados de la misma forma que los que pertenecen a la naturaleza, los trabajos de Sauer y sus seguidores ponen atención en las sociedades etnográficas del mundo americano o en las grandes civilizaciones tradicionales, aunque las considera, igual que la antropología, la sociología o la

³ Es importante tener en cuenta que en los Estados Unidos la Escuela del Oeste Medio, dominante entre 1910 hasta la Segunda Guerra Mundial, ignoraba por completo los estudios culturales desarrollados por la Escuela alemana. El auge de la geografía cultural norteamericana comienza así treinta años después de las obras alemanas en este dominio (Spencer, 1978).

historia como ajenas a las sociedades modernas, además de ignorar el testimonio o el punto de vista de los actores montando su construcción sobre una evidencia que inscribe su actividad en la materialidad del entorno.

Coherente con la perspectiva evolucionista a la que Sauer adhería, la historia es vista, como sucede con la noción de "presente etnográfico" de los antropólogos, como un cuestión no problemática, en términos de tradiciones no demasiado relevantes, ni explicativas en sí. Eso se manifiesta en parte, por las vinculaciones de Sauer con destacadas figuras del campo antropológico americano lo que hace que aún hoy, gran parte de la geografía cultural estadounidense esté dominada por esta perspectiva subyacente de los temas rurales y del pintoresquismo folklórico, pero que en su versión saueriana, demuestra una clara preocupación por los elementos materiales en detrimento de la dimensión social de los procesos que se estudian (Jackson, 1989: 31).

Otra fuente de inspiración posible es la geografía regional francesa, que a través de su máximo exponente, Vidal de la Blache, se acerca a los planteamientos de los geógrafos alemanes al tratar de concebir a la cultura, de manera similar que Ratzel, como aquello que se interpone entre el hombre y el medio y humaniza los paisajes. Pero es también una estructura generalmente estable de conductas que importa describir y explicar. Es a través de la noción de *género de vida*, propia de esta escuela, que se introduce una lógica que conlleva a la geografía humana a integrar en su campo aspectos progresivamente más variados y complejos de conducta. Podríamos decir entonces que mediando el siglo XX, la geografía humana otorga desde su nacimiento un lugar importante a las realidades culturales, pero que las captura con óptica reduccionista: se pone acento en las técnicas, en las herramientas y las transformaciones del paisaje. La difusión es el único aspecto de la transmisión de las culturas que se aborda (Claval, 1999: 39). Es decir que hasta aquí, los hechos de la cultura, están estrechamente circunscriptos a un análisis superficial de los problemas que no considera sus dimensiones sociales.

Tal vez el primer gran corte en esta línea de evolución lo representen los trabajos de Pierre Gourou⁴ sobre los géneros de vida, pero con otro alcance, ya que no traduce solamente el esfuerzo de adaptación de los grupos a los medios locales, sino que para él estos procesos se basan en formas específicas de relaciones entre los individuos y entre las células elementales. La cultura deja de ser analizada en términos de la relación hombre / medio para convertirse en una variable autónoma que impone a sus sostenedores la búsqueda de ciertos tipos de soluciones que trasciendan los límites de los medios naturales. Aparece entre los geógrafos una nueva dimensión de análisis: la

⁴ Pierre Gourou, *Les paysans du delta tonkinois. Etude de géographie humaine*, París, Éditions d'Art et d'Histoire, 1936.

religión, aunque se la continúa abordando desde el exterior, a partir de los signos que imprime en el paisaje pero igualmente impone un gran avance (Deffontaines, 1948; Planhol, 1957; Sopher, 1967). Hasta aquí, los geógrafos que estudian realidades, vacilan en interrogar la lógica de las conductas, fuera de casos simples de preferencias por algunos géneros de vida o de prohibiciones alimentarias. La mecanización y la modernización que prospera en el mundo europeo de la posguerra, introduce un arsenal de máquinas y tipos de construcción tan estandarizadas que el tema de las herramientas y los equipamientos que utilizan los hombres para explotar el medio y acondicionar el hábitat pierde interés, y con ello se vive la declinación de los estudios culturales producidos desde una geografía emparentada con este hecho. Y es esto, a decir de Claval, lo que ataca los supuestos de la geografía cultural en todas partes. En Francia, por ejemplo, el modelo vidaliano de los géneros de vida, no se adapta al mundo urbano e industrializado. Los trabajos de Max Sorré (1948) y Pierre George (1951) dan cuenta de ello subrayando las limitaciones del concepto de los géneros de vida, aunque sin embargo no intentan superarlo desde ninguna otra propuesta novedosa.

No obstante, esa desaparición de la geografía cultural que parecía sentenciada a inicios de la década de 1970, no tuvo finalmente lugar, si no que el nuevo contexto de un mundo posmoderno (Claval, 1999) y de una emergente cultura de masas (Claval, 1979), orienta la curiosidad de los geógrafos en otras direcciones que advierten la existencia de dimensiones culturales de los hechos que permanecieron olvidadas. Recién en el marco del llamado giro cultural del que hablaremos a continuación, aparecen nuevas miradas y trabajos sobre la percepción del espacio⁵, el sentido de los lugares⁶, el campo de movimiento, los mapas mentales, los espacios imaginarios.

La Renovación de los 1970 y las décadas posteriores

La renovación de la Geografía cultural se esboza ya desde inicios de la década de 1970, cuando los geógrafos reconocen que los lugares no tienen solamente una forma y un color, una racionalidad funcional y económica (Claval, 1999). Se desarrollan entonces trabajos que intentan abrir la mirada que hasta ese momento se había enfocado. La *New Cultural Geography*, se impone desde entonces en el mundo anglosajón, donde los geógrafos que siguen esta corriente intentan comprender la interpretación simbólica que los grupos y las clases sociales dan del entorno, las justificaciones estéticas o ideológicas que

⁵ Al respecto véanse trabajos de Berdoulay, V., "Remarques sur la géographie de la perception" *L'Espace Géographique*. III, 3, 1974. ;Downs, R., "Geographic Space Perception: Past Approaches and Future Prospects" , *Progress in Geography*, 2, 1970; Lynch, K., *The Image of the city*, Cambridge, Massachussetts, M.L.T, Press, 1970.

⁶ Buttimer, A., "Hogar, campo de movimiento y sentido de lugar" en García Ramón, M., *Teoría y método en la Geografía Humana Anglosajona*, Barcelona, Ed. Ariel, 1985.

proponen y el impacto de las representaciones acerca de la vida colectiva (Cosgrove, 1984, Duncan, 1990), relacionándose dicho sea de paso con los mismos temas que preocupan a la historia, la sociología y la antropología de la posmodernidad.

De manera similar en Francia, se vive un proceso de reformulación de los trabajos de la geografía de principios de siglo XX, pasándose de los géneros de vida a los roles y las formas de administrar el tiempo, los aspectos materiales, los ritmos y las concepciones que prevalecen en las sociedades industrializadas y urbanizadas, como antes se hacía con las sociedades tradicionales (Claval, 1973, 1974, 1987). De este modo queda en claro que los estudios culturales no tienen por que limitar sus referentes empíricos a las sociedades etnográficas y a las minorías de distinto tipo, intentando incorporar perspectivas mas amplias derivadas de desarrollos recientes como son los estudios culturales y la teoría social en general.

Durante los ochenta, se han recorrido los primeros pasos de la renovación de la geografía cultural francesa, sobre todo a partir de la eclosión de una serie de corrientes dentro del campo geográfico (geografía humanística, de las representaciones, del espacio vivido, y la etnogeografía) que sirvieron como insumos para nutrir a las investigaciones que se desarrollarían en el decenio siguiente, agrupadas bajo la denominación de "geografía cultural" que de a poco se transforma en una plataforma que acoge trabajos de muy diversa índole, concentrándose en grandes temas como: los paisajes, las representaciones, los conocimientos geográficos, las percepciones, los territorios, las culturas materiales, Algunos de ellos como una continuidad de los temas clásicos ya explorados por los pioneros franceses y otros en nuevas direcciones.

A la diversidad de temas, se le suma la pluralidad de métodos, "aunque muchos geógrafos culturales se agrupan en torno al eje central constituido por la revista y la colección *Geographie et Cultures* (L'Harmattan), no es el caso de todos" (Collignon, 1999: 105). Al mismo tiempo en que se amplían las temáticas y los métodos, se multiplican las discusiones dentro del campo académico francés. Desde el exterior, la legitimidad de la geografía cultural es cuestionada por algunos para los cuales no está justificado hacer de ella una rama específica de la geografía humana, ya que una buena geografía humana no debería desestimar la variable cultural. Estas controversias, van ligadas con aquellas que se fueron desarrollando en el interior de la comunidad de los geógrafos franceses desde los setenta y reposan sobre concepciones diferentes de lo que debe ser y hacer la geografía humana: conceptos, métodos, objetos etc. (Bruneau, 1997:21).

El perfil adoptado por esta perspectiva francesa, retoma la herencia lablachiana del estudio de las regiones pero resignificándola desde nuevas miradas. Proponen una nueva clave para comprender la región, con una fuerte defensa del enfoque empírico, ya sean mediante la

utilización de métodos cuantitativos⁷ que tratan de modelizar las formas de organización espacial, como aquello que se centran en los métodos cualitativos⁸.

En el mundo anglosajón, Jackson sostiene que la transformación de la geografía proviene del diálogo entre la geografía social y la teoría cultural, lo que ha permitido superar algunas restricciones típicas de la geografía cultural clásica, como por ejemplo las derivadas del tratamiento casi exclusivo de los temas rurales, de la historia del paisaje o de situaciones que se presentan como relictos materiales de sociedades caducas. La idea, central en el campo de los estudios culturales recientes, es que la cultura es una manifestación política, pilar de la argumentación de Jackson⁹, pues inclusive al autor no le parece casual que el renovado interés por las cuestiones culturales haya surgido en un marco de creciente intolerancia y autoritarismo gubernamental como la Gran Bretaña de los años 1980 o los Estados Unidos de la misma época.

Una de las fuentes más influyentes de esta nueva vertiente serían los estudios culturales, campo que se ha mostrado muy productivo a partir de la posguerra, especialmente en torno a las obras de R. Hoggart y R. Williams¹⁰. Los modos en que los significados son contruidos, convenidos y comprendidos, es un tema de particular interés en esta línea de trabajos, que se preocupa particularmente por las relaciones de poder, especialmente las de dominio y subordinación, que se manifiestan en el proceso de construcción y circulación de significados.

Por otra parte, estos estudios también contribuyeron a hacer visible la diversidad cultural que encerraba una sociedad tan compleja como la británica, donde a menudo las culturas dominadas se apropian de manifestaciones propias de la cultura mayor o dominante, resignificándolas y transformándolas simbólicamente (Chartier, Grieco 1990). Es justamente en la convergencia de muchas de estas ideas con los últimos desarrollos en geografía social, donde Jackson propone ubicar a la Nueva Geografía Cultural por la que aboga, sosteniendo que la cultura no sólo es socialmente construida sino también geográficamente expresada, acercándose de este modo, a uno de los más relevantes preceptos del análisis espacial vinculado

⁷ Son de mencionar los trabajos de Brunet R.,(dir.), *Geographie Universelle*, París, Montpellier, Berlín; GIP, Reclus. 10 vol. (1990-1996); Luchinni, F., *Les équipements culturels des villes françaises*, París, Université de París I (Thèse),1998.

⁸ Sobre enfoques cualitativos se destacan los trabajos de Collignon, B., "Quelques remarque á propos de la géographie culturelle, *Cybergeo*, 55, 5p. www.cybergeo.presse.fr, 1998; Hourcade, B., Pitte, J., "Geographie et Culture(s)", *Intergéo-Bulletin*, 128, p. 71-74, 1997.

⁹ Jackson, P., *Maps of meaning. An introduction to cultural geography*, Londres - Nueva York, Routledge, 1989.

¹⁰ Véase Williams, R., *The Sociology of Culture*, Nueva York, Schocken, 1982.

con una teoría social crítica. Se defiende así, una geografía de la cultura enmarcada dentro de las ciencias sociales, en donde la identidad no sea un territorio; centrada en las formas en que se producen y reproducen las culturas a través de las prácticas sociales concretas que tienen lugar en contextos históricamente contingentes y geográficamente específicos.

Al respecto, dos debates teóricos en que los estudios culturales resultan centrales son: uno, el de la emergencia de una serie de enfoques interpretativos para el estudio de la cultura y la sociedad, al igual que pasa con la historia (Koselleck, Darnton 1987) y la antropología. El otro, es la reciente extensión del concepto de posmodernidad, además de otros tópicos de importancia en la actualidad que podrían colaborar en nuestra percepción sobre el tema del espacio, como por ejemplo las relaciones entre cultura y sociedad con énfasis en la dimensión política, la revisión de la tradicional definición de paisaje, etc.

Pero retornando a nuestro concepto central de "espacio", vemos que si bien no se descartan las variables económicas en la nueva conceptualización terminológica, se advierte que otras como las culturales, sociales y políticas, comienzan a ser consideradas con mayor peso. De hecho el propio Harvey (1990) en *La condición de la posmodernidad*, reconoce una cierta doble naturaleza del espacio como categoría de experiencia.

Al espacio lo tratamos generalmente como un atributo objetivo de las cosas que pueden medirse y, por lo tanto, acotarse. Desde luego, reconocemos que nuestra experiencia subjetiva puede llevarnos al ámbito de la percepción, la imaginación, la ficción y al fantasía, que producen espacios y mapas mentales como tantos otros espejismos de la cosa presuntamente «real» y también descubrimos que diferentes sociedades o subgrupos poseen diferentes concepciones, aunque sin embargo existe un sentido englobante y objetivo del espacio (Harvey, 1990).

La intención de Harvey no es enfatizar en las concepciones objetivas del espacio (y del tiempo), sino reconocer las múltiples cualidades objetivas que el espacio y el tiempo pueden expresar, y el rol de las prácticas humanas en su construcción. En forma contundente menciona que:

"no se puede atribuir significados objetivos al tiempo ni al espacio con independencia de los procesos materiales, por lo que las concepciones objetivas del tiempo y del espacio, se han creado necesariamente a través de las prácticas y los procesos materiales que sirven para producir la vida social" (Harvey, 1990: 126).

Pero los geógrafos también empiezan a plantearse que el espacio no es solamente una construcción material, sino también imaginaria, mítica, inclusive utópica. Desde estos perfiles, la figura de la ciudad y la utopía ha sido largamente investigada desde los estudios geográficos (Fishman, 1982, Hall, 1988). David Harvey en su libro

Space of Hope (2000) dedica un capítulo (Cáp. 8) a los espacios de la utopía. Allí plantea cómo podemos encontrar a lo largo de la historia muchos casos en donde estos espacios imaginarios se materializan en la concreción de espacios reales (materiales y objetivos). De manera similar Jean Delumeau en la *La historia de los paraísos* analiza ejemplos similares, en donde las sociedades "imaginaron" y en algunos casos llegaron a configurar estos "paraísos terrenales". Enmarcando su objeto de estudio en el lapso del siglo XIV al XVIII, como territorio cronológico privilegiado, Delumeau considera tres grandes temas: la nostalgia del paraíso terrenal (en el primer tomo), la espera de un reino de la felicidad localizado en la tierra cuya duración sería de mil años (segundo tomo) y la esperanza de una alegría perfecta y sin decadencia "al abrigo de la luz divina del más allá cristiano". Al respecto Harvey (2000) enuncia que:

la tradición judeocristiana definió el paraíso como un lugar distinto, al que todas las almas buenas irán después de las pruebas y tribulaciones del mundo temporal. De ahí surgieron toda una serie de metáforas: la ciudad celestial, la ciudad de Dios, la ciudad eterna, la ciudad resplandeciente [...] Si el cielo es un lugar feliz, ese otro lugar, el infierno, el lugar del «otro maligno», no puede estar muy lejos (Harvey, 2000: 183).

Es que quizás, desde Tomás Moro produjo *Utopía*, ese término se transformó en un concepto demasiado fuerte que expresa mucho más que el título de una obra literaria; el mismo Harvey lo cita en su obra como un ejercicio en el juego espacial. "Todas estas formas de utopía pueden caracterizarse como 'utopías de forma espacial', ya que la temporalidad del proceso social, la dialéctica del cambio social (la historia real) se excluyen, mientras que la estabilidad social se garantiza mediante una forma espacial fija" (Harvey, 2000: 188). De hecho, Baczko (1991) menciona que desde la aparición del concepto de Moro, ha florecido tanto en las novelas como en los proyectos utópicos, un importante esfuerzo por imaginar comunidades de felicidad total. Las utopías en el fondo son para Baczko

representaciones de la realidad social, inventadas y elaboradas con materiales tomados del caudal simbólico, que tienen una realidad específica que reside en su misma existencia, en su impacto variable sobre las mentalidades y los comportamientos colectivos, es decir en las múltiples funciones que ejercen en la vida social" (Baczko, 1991: 5).

Las representaciones son vistas como "formas duras", como una forma válida de comprender la realidad a partir de los imaginarios que construyen las sociedades, los grupos y los individuos. ¿Desde dónde se construyen hoy las utopías, las del futuro y las del presente? ¿Cómo ser feliz? ¿Cómo se vinculan los proyectos utópicos, los mitos y la construcción de la memoria van a ser algunos de los ejes de discusión de los trabajos del sociólogo polaco.

La influencia de los estudios culturales no exime de ninguna manera a que algunos geógrafos retomen las posturas marxistas (propias de la

década de 1970) y resignifiquen las formas en las que la geografía radical entendía al espacio en particular y a la teoría marxista en general. Tal es el caso de Denis Cosgrove, quien propone el planteo de una geografía cultural más radical, haciendo una relectura más reflexiva del marxismo. De hecho, el geógrafo británico tan solo se propone

no intentar decir nada nuevo, sino más bien recuperar aquello sobre lo cual ya se habían pronunciado otros autores más allá de los límites de la geografía, mostrando los aportes que esta disciplina puede hacer al estudio radical de la cultura (un terreno hasta entonces poco polemizado, poco politizado y poco planteado como campo desde donde plantear la participación del investigador en la sociedad) (Clua, Zusman, 2002: 108).

Según D. Cosgrove estos aportes que la geografía podía brindar se resumían en tres cuestiones centrales: en primer término, la adopción de métodos de investigación que permitan observar la compleja formación de significados alrededor de los paisajes humanos, sin dejar de observar su historicidad ya que "el reconocimiento que cada formación social y económica está ligada a, producida en, y reproduciendo en sí misma, un paisaje social específico" (Cosgrove, 1983: 5). En segundo lugar, la verificación de que los discursos hegemónicos implican la reproducción interesada de una determinada concepción del espacio ya que "como poder simbólico, en una sociedad de clases, la ideología se apropia y reproduce el espacio de cara a legitimar y mantener la dominación" (Cosgrove, 1983: 6) y en tercer lugar propone el desarrollo de la geografía cultural como "práctica revolucionaria" que

vaya más allá de las asunciones y las atribuciones de sentido común de nuestro culturalmente-construido mundo capitalista [...] La geografía Cultural, entonces, puede seguir el ejemplo de Gramsci de luchar para crear una nueva cultura, una cultura que creará la producción de nuevos paisajes y de nuevos significados a los paisajes ya habitamos (Cosgrove, 1983: 9-10).

El Impacto del giro cultural en los estudios espaciales

A finales de la década de 1980, la ciencia geográfica, especialmente la anglosajona, percibe un importante giro hacia lo cultural¹¹. Un hecho muy evidente de que este proceso era una "realidad", lo muestra el creciente número de trabajos realizados por especialistas de ambos campos de estudio (la geografía y los estudios culturales)¹², así como

¹¹ "Sin embargo, la expresión de la Geografía Cultural dentro de la categoría de 'nuevas geografías' en expansión, poco (o nada) tienen que ver con el enfoque radical propuesto por Denis Cosgrove (1983) y que apelaba al proyecto inicial de los Estudios Culturales" Clua, A., Zusman, P., "Mas que palabras: otros mundos. Por una Geografía Cultural Crítica" *Boletín de la A.G.E.*, N°34, 2002, p. 109.

¹² Bird, J., Curtis, J., Putman, B., Robertson, G., Tickner, L., eds. *Mapping the futures. Local cultures, global changes*, Londres-Nueva York, Ed. Routledge, 1993; Carter, E., Donald, J.,

también la multiplicación de reuniones científicas¹³ donde se discuten las conexiones entre ambas. Este proceso de acercamiento de la geografía hacia los estudios culturales no solo constituyó la conformación de un renovado campo disciplinar inundado de temáticas que las geografías anteriores pocas veces (o nunca) habían explorado, sino que a la vez, vino acompañado de una serie de fuertes críticas desde dentro y fuera de la disciplina que cuestionaron estos nuevos enfoques espaciales en particular, y los estudios culturales en general.

“Uno de los principales motivos de crítica del giro cultural en geografía es que éste haya implicado una culturización de la misma” (Clua, Zusman, 2002: 109). Se produjo una reproducción idéntica de los temas que ensayaban los estudios culturales (feminismo, análisis textual, culturas populares, racismo etc.), hecho que no permitió un verdadero enriquecimiento de esta nueva perspectiva geográfica a partir de la interdisciplinariedad como podría haber sido el aporte de la sociología o la economía política. Otro de los cuestionamientos apunta a las formas en que las “nuevas geografías” que surgieron a la luz del giro cultural se han erigido como una etapa superadora del desarrollo de la geografía humana. De hecho, algunos autores pronuncian la idea del surgimiento de estas nuevas tendencias de finales de 1980 con una respuesta a las limitaciones que el marxismo había aportado a la teoría de la cultura¹⁴.

Andrew Sayer (2000) propone reflexionar sobre la idea de “nuevas geografías” culturales vs. “viejas y fracasadas geografía marxistas”. Según el autor,

la crítica que ha reducido al marxismo a su expresión vulgar ha permitido que las nuevas geografías se hayan desentendido demasiado fácilmente de las implicaciones de la economía en la cultura y de la cultura en la economía. Esta simplificación hace que del materialismo vulgar se haya pasado a un culturalismo vulgar que “ignora o reduce la economía tanto como el materialismo vulgar (ignoraba o reducía) la cultura (Sayer, 2000: 166).

Del escape de un determinismo económico se pasó a uno de tipo cultural.

Squires, eds., *Space & Places: theories of identity and location*, Londres, Ed. Lowrence & Wishart, 1993. Morley, d., & Robins, k., *Spaces of identity: Global Media, Electronic Landscape and Cultural Boundaries*, Londres-Nueva York, Ed. Routledge, 1995.

¹³ Tal es caso de los Congresos de Londres en 1987, Edimburgo en 1991 y Oxford en 1997 donde se instala el debate sobre las vinculaciones entre los estudios culturales y la geografía, y entre el giro cultural en geografía y el giro geográfico en los estudios culturales (Clua, Zusman, 2002: 109).

¹⁴ Por ejemplo el caso de Clive Bennett que muestra a estas «nuevas geografías» culturales como la superación de las geografía marxistas previas, intentando demostrar que el aporte crítico de la geografía cultura, le debe mucho mas al postmodernismo que al marxismo. (Barnett, 1998: 380).

Otro de los ejes de las críticas a estas perspectivas se agrupan en las formas en las que se expresan estas "nuevas geografías" culturales. Los cuestionamientos en este caso, se centran en el hecho de que haya aumentado la distancia entre las investigaciones que se generan en Gran Bretaña (donde ha habido un pronunciamiento mucho más explícito en la línea de planteamientos epistemológicos de los estudios culturales) y el desarrollo de líneas de trabajo en otros lugares (como las geografías culturales desarrolladas en los Estados Unidos o Francia, donde las tradiciones de Sauer y Vidal de la Blache han sido claves). **Mas allá de** las diferencias, como expresa Enric Mendizábal (1999), es muy limitado pensar que la geografía cultural tiene un "centro anglosajón" (EEUU y Gran Bretaña) que está al día de las nuevas expresiones de la geografía y unas "periferias" (una francesa y otra donde se coloca al resto del mundo) de las que no se sabe gran cosa (Mendizábal, 2000: 122)¹⁵. El propio Jackson (1999) menciona que a medida que se hacía popular el término de "nuevas geografías culturales", surgía el contragolpe de aquellos que mostraban reservas hacia los cambios que estaban teniendo lugar (Jackson, 1999: 44). Algunas objeciones, relativamente conciliadoras como el caso de Rowtree (1988) sobre ortodoxia y nuevas direcciones en la geografía cultural, el caso de Mitchel (1995) en torno a la "reificación" de la cultura o el de Lili Kong (1997); otras más discrepantes como la crítica de Marie Price y Martín Lewis (1993) a la "reinención de la geografía cultural" y otras más sutiles como el mencionado caso de Sayer (1994) sobre el excesivo peso de lo económico/cultural y el aviso de Gregson (1995) que "la ascendencia de lo cultural dentro de la geografía humana corre el riesgo de dejar de lado la preocupación crítica de la geografía social por las desigualdades materiales" (Gregson, 1995: 138-139).

Otro punto clave de la crítica tiene que ver con la falta de compromiso político en muchos de los trabajos influidos por el giro cultural. Para los detractores de esta propuesta, ese centrarse en la representación, generó una desmedida obsesión por el texto¹⁶. Para otros la interpretación del giro cultural, tenía más que ver con una redefinición de lo político, alejándose de una única privilegiación de definiciones de clase determinadas por el trabajo y tendiendo hacia nociones más sutiles (en muchos casos más difusas) de política cultural, centradas en los conceptos de identidad y diferencia, diversidad y distinción.

¹⁵ Mendizábal hace mención al aporte importante dentro de las "nuevas geografías" culturales que desarrollaron las investigaciones de geógrafos italianos, españoles y brasileños, que se vieron opacados por la bipolarización del debate dentro del mundo anglosajón.

¹⁶ Lo que Brian Palmer (1990) denominó "descenso al discurso" donde no existe ningún mundo social más allá del texto y por lo tanto ninguna forma de compromiso político más allá de la palabra escrita. (Palmer, 1990: 121).

Al margen de las críticas, el camino de las transformaciones se consolida cuando se identifican una serie de nuevas direcciones dentro de la Geografía Cultural, centradas básicamente en enfoques ya existentes para la interpretación del paisaje que llevaron a nuevas alianzas con los estudios poscoloniales y feministas (Rose, 1993, Jacobs, 1996). De este modo, estas innovadoras líneas de investigación, recurrieron a distintas tradiciones intelectuales que abarcaban desde la antropología y la psicología hasta la teoría literaria y los estudios feministas, ensanchando de este modo los límites de la Geografía Cultural, más allá de la obra de Sauer y sus discípulos de la Escuela de Berkeley.

Si definiéramos esta 'Nueva Geografía Cultural', sería además de histórica (aunque siempre transformada teórica y contextualmente); social además de espacial (aunque no limitada exclusivamente a temas del paisaje, poco definidos); urbana además de rural, e interesada en la naturaleza contingente de la cultura, en las ideologías dominantes y en las formas de resistencia a ellas (Cosgrove, Jackson, 1987: 95).

Pero no se trata de una batalla entre dualidades: lo urbano vs. lo rural, lo nuevo vs. lo viejo, lo desarrollado vs. lo por desarrollar; sino que la cuestión implica virajes mas profundos que ahondan en cuestiones tales como las políticas de conocimiento, la trasgresión de los límites Inter/transdisciplinarios y la relación entre lo cultural y lo económico (Jackson, 1999: 43).

Tres indicios denotan que "algo estaba cambiando". Por una lado las reflexiones que aparecen en la Revista Área sobre el "futuro" de la geografía cultural a través de los artículos de autores como Coull (1980) y Jackson (1980), por otro lado los ensayos de geógrafos en la Revista Radical "Antípode"¹⁷, y finalmente las conferencias dedicadas a reflexionar sobre los nuevos rumbos de la geografía cultural contemporánea.¹⁸ El rápido aluvión de artículos que le sucedieron a estos tres hitos, consolidaron la tendencia que se venía advirtiendo a partir de la influencia del giro cultural en los estudios sobre el territorio. "La politización de la geografía cultural condujo aun cuestionamiento reflexivo del posicionamiento y el punto del vista del observador y abordó nuevos temas relacionados con la visibilidad y la voz, así como debates sobre las diversas formas de marginación social como 'geografías de la exclusión'" (Jackson, 1999: 45). El tema de las representaciones ocupó el centro de las cuestiones vinculadas a lo

¹⁷ Blaut (1979), Cosgrove (1983), entre otros.

¹⁸ En 1987 los geógrafos D. Cosgrove y P. Jackson realizan una Conferencia en The University Colleague de Londres y un año más tarde otros dos especialistas D. Gregory y D. Ley celebran una similar en la Universidad Británica de Columbia. En ambas se presentan nuevas propuestas de análisis espaciales que van desde el estudio del paisaje recurriendo a la iconografía, a la semiótica y distintas formas de análisis del discurso) hasta estudios de la política cultural del espacio y del lugar.

territorial y otros problemas inundaron el interés de los geógrafos culturales: el análisis de las identidades de género¹⁹, el estudio sobre el consumo y las cadenas de mercancías²⁰, y el salto de las "geografía económicas de la producción a las geografías culturales del consumo" (Jackson, 1999: 46). En el ámbito de la geografía cultural francesa, el fin de siglo XX proponía la renovación temática y la incorporación de cuestiones poco [o nunca] indagados por los geógrafos. Desde las representaciones y la identidades, pasando por los discursos territoriales, los espacios sagrados, los trabajos de género hasta la geografía de la vida y el espacio cotidiano.

Los debates y las críticas tampoco estuvieron ausentes en el campo geográfico de los trabajos franceses. Para Claval (1999) el fin de siglo XX muestra dos tendencias bien predominantes: por un lado una geografía empírica que reserva un importante papel al enfoque subjetivo y a los datos cualitativos y para la cual la diversidad del mundo es irreductible a unos cuantos modelos del mundo basados en un pequeño número de "leyes" geográficas, enmarcándose la mayoría dentro del enfoque idiográfico [...] Por otro lado, tenemos una geografía hipotético deductiva, que se adjudica una posición objetiva y científica, y que utiliza preferentemente métodos cuantitativos para construir una geografía nomotética, en la cual los resultados pueden servir para elaborar modelos (Claval, 1999:111).

¿Hacia dónde va la geografía Cultural?

A pesar de las críticas compartidas o no, pertinentes o no, la realidad demuestra que en los últimos años la Geografía Cultural se consolidó como un campo específico dentro de la Geografía, que sin desestimar el resto de las variables pone a lo cultural en el centro de la discusión. El debate sigue mas que abierto, y esto lo enriquece aún mas. La mayoría de los especialistas coinciden en argumentar que el impacto del giro cultural en un posible "giro geográfico o espacial" no es tan evidente como en el caso del resto de los estudios culturales. Vale replantearse sobre las futuras direcciones de esta geografía cultural, que parece mostrar menor interés por los estudios del paisaje, y un mayor acercamiento a las temáticas referidas al consumo y la mercantilización, donde existe como menciona el propio Jackson, la posibilidad de saltar los límites entre "lo económico" y "lo cultural", centrando la atención en la cultura material de los

¹⁹ Sobre Geografía y Género se destacan los trabajos de McDoweell, L., "Towards and understanding of the gender division of urban space", *Environment and Planning*. 1983. pp. 59-72, García Ramón, M. D., "Para no excluir del estudio a la mitad del género humano: un desafío pendiente en geografía humana"., *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 9, 1989, pp. 27-48; Gillian, R., *Feminism & Geography*, Cambridge, Polity Press, 1993.

²⁰ Dupray, P, *Consumption and identity at work*, Londres:Sage, 1996; Cook, I., Craig, P., "The world on a plate: culinary cultures, displacement and geographical knowledge" *Journal of Material Cultures*, 1, 1996, pp. 131-153.

artículos de consumo específicos y en sus significados metafóricos y simbólicos asociados (Jackson, 1999: 43).

Pero el debate continua, y un hecho que lo atestigua es que hacia fines de los 1990, los geógrafos británico continuaban reflexionando sobre la naturaleza del giro cultural en una Conferencia celebrada en Oxford (Crang, 1998).

Los trabajos que inauguran el siglo XXI proponen una amplitud temática que aglomeran desde preocupaciones clásicas como los estudios del paisaje y los hechos materiales de las civilizaciones, el estudio simbólico de la experiencia y del poder, haciendo eco en los movimientos posmodernistas y pos estructuralistas hasta temáticas más novedosas que rozan los límites con otras disciplinas sociales (Berdoulay, 2002: 52)

Muchos autores coinciden en que a pesar de haber consolidado una mirada especial dentro del campo de los estudios geográficos, la geografía cultural aún tiene una deuda pendiente: emanciparse del peso ejercido por la mirada antropológica, en beneficio más dinámico, abierto, que explore la acción de los actores sociales como sujeto activo (Berdoulay, 2002: 52)

Clua y Zusman (2002:107) pugnan por rescatar dos de los pilares que permitirían continuar con el proyecto inicial de los estudios culturales²¹: el compromiso político por un lado y la interdisciplinarietà por el otro, hecho que para las autoras aparece como ausente en lo que se define como geografía cultural en la actualidad (Clua, Zusman, 2002: 107). Las autoras proponen una perspectiva que recupere la teoría crítica sobre la relación espacio-cultura siguiendo los planteamientos de Edward Soja²² sobre la triálptica del espacio. Tres son las ventajas que destacan de la propuesta:

En primer lugar, a partir de la lectura de Henri Lefebvre, Soja recupera el compromiso político en el proyecto académico. En segundo lugar, realiza una interpretación particular del espacio que permite la interacción entre elementos materiales y

²¹ Se hace referencia en este caso al proyecto llevado a cabo desde el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos. El mismo se constituyó en 1964 en el Departamento Inglés de la Universidad de Birmingham. Sus mentores (Richard Hoggart, Edward Thompson, Raymond Williams y Stuart Hall), comprometidos con la izquierda británica, pretendían crear un ámbito de investigación crítica y comprometida, tratando de reivindicar la legitimidad del papel del investigador en pro del cambio social. Por otro lado este proyecto afectó las bases teóricas del trabajo científico incorporando la cultura al campo de la teoría marxista y sumando, en la definición de cultura, las formas de identidad de las clases populares. De esta postura y abandonando el marxismo dogmático que había dominado el contexto científico de los 1960, a mediados de la década R. Williams propone el "materialismo cultural" donde la cultura no aparece como superestructura sino como componente activo en la producción de la realidad, y por lo tanto a través de ella se tejen las relaciones de poder. Es decir que la cultura es planteada como un ámbito donde estudiar las relaciones de dominación, lucha y contestación.

²² Soja, E., *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and Other Real-and- Imagined Places*, Malden, Massachussets (EEUU), Blackwell, 1996.

simbólicos donde se incorpora la idea de la diferencia y se articulan múltiples escalas (*Thrid Space*). En tercer lugar, su propuesta se presenta como una interpretación crítica del espacio en la sociedad (Clua, Zusman, 2002: 113).

Para Soja el contexto de la posmodernidad rompe los binarios que regían el pensamiento moderno ofreciendo una alternativa (una tercera vía) que es la vía de expresión de una política cultural de la diferencia. El autor no se limita a recuperar el espacio como "espacio real" (al que denomina *Firstspace*) o como el "espacio imaginario" (*Secondspace*), sino que reivindica otra forma de concebirlo: una forma "simultáneamente real e imaginada y algo más" (Soja, 1996:11). Se trata de una forma que reemplaza la expresión "espacio real / imaginario" por la expresión "ambas cosas / y otras más...". Esto es lo que da lugar al "tercer espacio" (*Thirdspace*) u "otros espacios". Concretamente el autor habla de "la creación de otra forma (posmoderna) de concebir el espacio que explique los espacios materiales y mentales del dualismo tradicional pero que al mismo tiempo se extiende más allá de su proyección, sustancia y significado" (Soja, 1996:11).

E. Soja reconoce en Henri Lefebvre²³ uno de los pioneros en esta perspectiva, y reivindica prestar mayor atención a los "otros espacios", donde se pueden expresar la alteridad y la diferencia, haciendo su contribución tanto a la geografía como a la teoría social. ¿Qué geografía cultural pretendemos, entonces? Sin dudas, una que integre el aporte interdisciplinario poniendo al espacio en el centro de la cuestión, una que plantee la relación espacio-cultura desde una perspectiva reflexiva y crítica, una que vincule las dimensiones materiales y simbólicas, una que "sume" en lugar de "restar". El camino está abierto., y el desafío está en nuestras manos.

Bibliografía

Baczko, B., *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, ediciones Nueva Visión, 1991 [original de 1984].

Barnett, C., "The Cultural Turn: Fashion or Progress in Human Geography?", *Antipode*, 30 (4), 1998.

Berdoulay, V., "Sujeto y acción en la geografía cultural: el cambio sin concluir". *Boletín de la A.G.E.*, 34, 2002.

²³ El aporte de Henri Lefebvre a la teoría espacial es, según Soja, esencial a la hora de reivindicar un tipo de pensamiento "radicalmente abierto" en esta inclusión del espacio en la teoría social. Para Soja, no solo se trata de un aporte teórico, sino también que a lo largo de su trayectoria, reflexionando sobre la cuestión del espacio se puede ser idealista (hegeliano) sin tener que renunciar a ser materialista (marxista), así como se puede ser posmoderno sin tener que renunciar a ser políticamente comprometido. Las ideas de Lefebvre abrieron la posibilidad de pensar en un espacio mas allá de la dicotomía que el pensamiento moderno erigía en el espacio físico y el espacio mental (dando pie a una epistemología basada en la separación del objeto y del sujeto).

- BRUNEAU, M., "Entre empirie et théorie: une géographie ouverte", *Intergéo-Bulletin*, 128, 1997.
- Claval, P., *La nueva geografía*, Barcelona: Oikos-tau Ediciones, 1979.
- "Los Fundamentos Actuales de la Geografía Cultural", *Doc. Annales de Geographie*, N°34, París, 1999.
- *La Geografía Cultural*, Buenos Aires, Eudeba, 1999, [original de 1995]
- Collignon, B., "Quelques remarques à propos de la géographie culturelle", *Cybergéo*, 55, (www.cybergegeo.presse.fr), 1999
- "La geografía cultural en Francia: un estado de la cuestión" en *Doc. Anal. Geogr.*, 34, Barcelona, 1999, pp. 103-117.
- Clua, A., y Zusman, P., "Más que palabras: otros mundos. Por una geografía cultural crítica" en *Boletín de la A.G.E.*, N° 34, Barcelona, 2002.
- Cosgrove, D., "Towards a radical cultural geography: problems of theory" en *Antipode: A Radical Journal of Geography*, 15 (1), 1983.
- Cosgrove, D., Jackson, P., "New directions in cultural geography", *Area*, 19, 1987.
- Crang, M., *Cultural Geography*, Londres, Routledge, 1998.
- Chartier, R., *El mundo como representación -Historia cultural entre práctica y representación-*, Barcelona, Gedisa, 1999.
- Delumeau, J., *Historia del milenarismo en Occidente*, Conferencia dictada en la Universidad de Los Andes, Chile, 14 de Agosto de 2001.
- Duncan, J., *The city as text: the politics of Landscapes Interpretation in the Kandyan, Kingdom*, Cambridge, Cambridge University Press. 1990.
- Gregson, N., "And now it's all consumption?", *Progress in Human Geography*, 19, 1995.
- Harvey, D., *Urbanismo y desigualdad social*, Madrid, siglo XXI editores, 1985
- *La condición de la posmodernidad -Investigación sobre los orígenes del cambio cultural-*, Buenos Aires, Amorrortu editores, [1ª edición en inglés: 1990], 1998.
- *Espacios de Esperanza*, Madrid, Ediciones Akal, 2003 [1ª edición en inglés: 2000].
- Hourcade, B., Pitte, J.-R., "Géographie et culture(s)", *Intergéo-Bulletin*, 128, 1997.
- Jackson, P., "A plea for cultural geography", *Area*, 12, 1980.
- *Maps of meaning. An introduction to cultural geography*, Londres - Nueva York, Routledge, 1989.
- "¿Nuevas geografías culturales?" en *Documents Annales de Geographie*, 34, Barcelona, 1999, pp. 41-49.
- Mendizábal, E., "Algunas reflexions sobre la (nova) geografía cultural des de la periferia", *Documents d'Analisi Geogràfica*, 34, Barcelona, 1999.
- Soja, E., *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*, Malden, Massachussets, Oxford, Blackwell, 1996.

- Sauer, C., "The Fourth Dimension of Geography", *Selected Essays, 1963-1975*. Berkeley, CA: Turtle Island Foundation, 1974.
- Sayer, A., *Realism and Social Science*, Londres, SAGE ed., 2000.
- Spencer, J., "The growth of cultural geography", *American Behavioral Scientist*, vol.22.